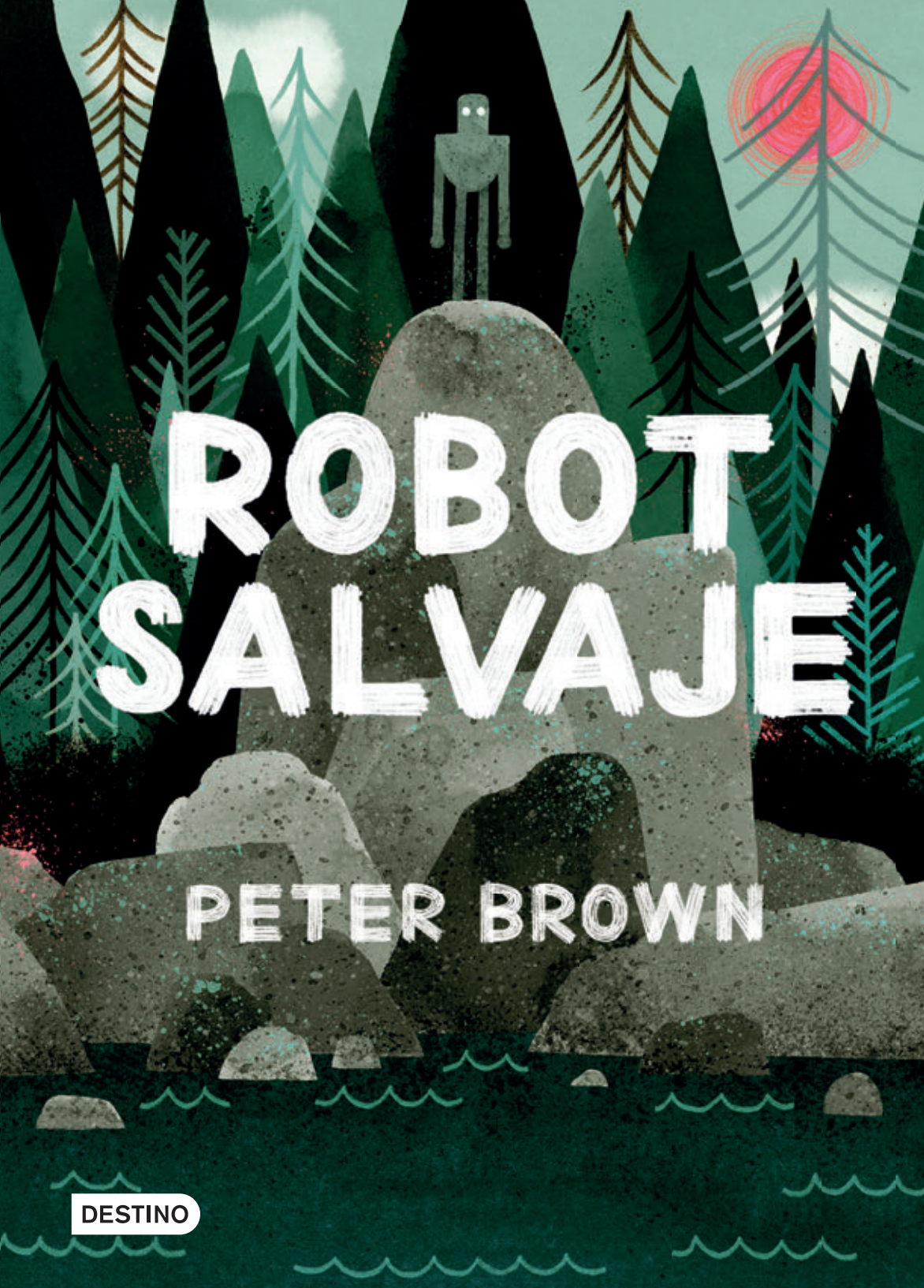
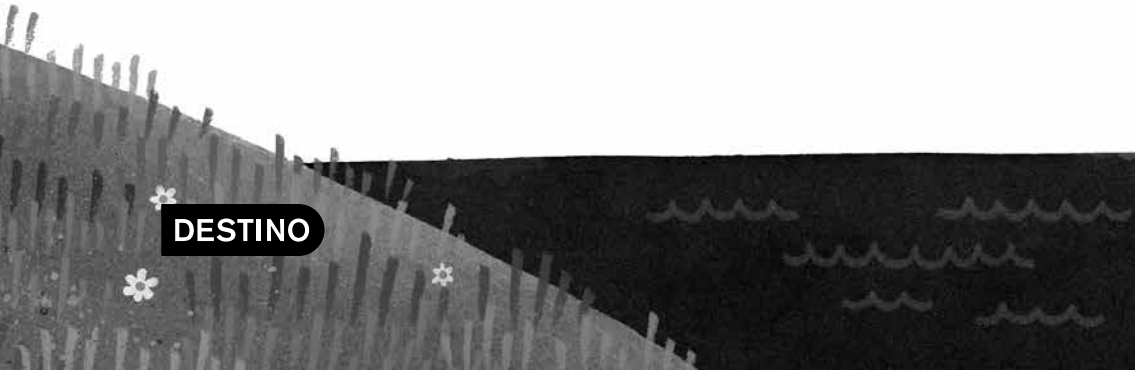

ROBOT
SALVAJE
PETER BROWN
DESTINO

ROBOT SALVAJE

TEXTO E ILUSTRACIONES DE

PETER BROWN



DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2019
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Wild Robot*
© del texto e ilustraciones: Peter Brown, 2016
Traducción: Rodrigo Morlesin

© de esta edición: Editorial Planeta S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial Planeta M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx
Primera edición: octubre de 2019
ISBN: 978-84-08-21629-2
Depósito legal: B. 17.094-2019
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

EL OCÉANO

Nuestra historia comienza en el océano, con viento, lluvia, rayos y truenos. Un huracán que rugía furioso en la noche. Y en medio del caos, un barco de carga se hundía

hondo

hondo

hondo

hasta el fondo del océano.

El barco dejó cientos de cajas flotando en la superficie. Pero a medida que el huracán azotaba y giraba y hacía que chocaran, las cajas también comenzaron a sumergirse en las profundidades. Las olas las tragaron una tras otra, hasta que tan solo quedaron cinco.

Por la mañana el huracán se había disipado. No había nubes, ni barcos, ni tierra a la vista. Solo había aguas tranquilas y cielos despejados y esas cinco cajas que flotaban perezosamente a merced de una corriente oceánica. Los días pasaron. Y luego apareció una mancha verde en el horizonte. Cuando las cajas se acercaron,

las suaves formas verdes se afinaron lentamente en los bordes duros de una isla salvaje y rocosa.

La primera caja se dirigió a la orilla en una ola ruidosa y se estrelló contra las rocas con tal fuerza que estalló en pedazos.

Ahora bien, lector, lo que no he mencionado es que dentro de cada caja hay un robot completamente nuevo. El buque de carga transportaba cientos de ellos antes de que lo arrastrara la tormenta. Ahora solo quedaban cinco. En realidad, solo quedaban cuatro, porque cuando esa primera caja chocó contra las rocas, el robot se hizo añicos.

Lo mismo le sucedió a la siguiente; se estrelló contra las rocas y las partes del robot volaron por los aires. Y lo mismo le sucedió a la siguiente. Y a la siguiente. Extremidades y torsos de robot reventados contra las rocas. Una cabeza cayó en un charco de agua de mar. Un pie robótico se deslizó hacia las olas.

Y luego vino la última caja. Siguió el mismo camino que las demás, pero en lugar de chocar contra las rocas, llegó chapoteando entre los restos de las primeras cuatro.

Pronto, más olas la sacaron del agua. Se elevó por el aire, girando y brillando hasta que se estrelló contra un saliente rocoso. La caja estaba agrietada y arrugada, pero el robot en su interior estaba a salvo.

LAS NUTRIAS

La costa norte de la isla se había convertido en una especie de cementerio robot. Dispersos a lo largo de las rocas estaban los cuerpos rotos de cuatro robots muertos. Centelleaban bajo la luz de la madrugada y sus destellos llamaron la atención de algunas criaturas muy curiosas.

Una pandilla de nutrias marinas retozaba sobre los montículos cuando una se percató de los objetos brillantes. Todas se congelaron. Levantaron la nariz al viento. Pero solo olían el mar. Así que se deslizaron cautelosamente sobre las rocas para echar un vistazo más de cerca.

La pandilla se acercó lentamente al torso de un robot. La nutria más grande levantó la pata, golpeó con fuerza el artilugio pesado, y rápidamente retrocedió de un salto. Pero nada pasó. Así que se arrastraron hacia una mano robótica. Otra nutria valiente extendió la pata y volteó la pieza. Emitió un hermoso tintineo al chocar contra las rocas, y los animales soltaron un chillido de gusto.

Se dispersaron y jugaron con brazos, piernas y pies robóticos. Voltearon más manos. Una de las nutrias descubrió una cabeza en un charco de mar, y todas se sumergieron y se turnaron para hacerla rodar por el fondo.

Y luego descubrieron algo más. Más allá del cementerio estaba la única caja sobreviviente. Tenía los costados raspados y abollados, y un gran corte recorría la parte superior. Las nutrias corrieron por las rocas y treparon a la gran caja. Diez caras peludas asomaron por la grieta, ansiosas por ver qué había dentro. Lo que avistaron fue otro robot completamente nuevo. Pero este era diferente de los demás. Todavía se encontraba de una sola pieza. Y estaba rodeado de esponjosa espuma de embalaje.

Las nutrias metieron las garras a través de la abertura y rompieron la espuma. ¡Era tan suave y blanda…! Chillaron de emoción mientras sacaban el material esponjoso. Jirones flotaban en la brisa del mar. Y debido a la emoción, la pata de una nutria golpeó sin querer un botoncito importante en la parte posterior de la cabeza del robot.

Clic.

Les llevó un rato a las nutrias darse cuenta de que algo estaba sucediendo dentro de la caja. Pero un momento después, lo escucharon. Un zumbido sordo. Todas se detuvieron y lo miraron. Y luego el robot abrió los ojos.

LA ROBOT

El cerebro digital de la robot arrancó. Sus programas comenzaron a conectarse. Y luego, todavía empaquetada en su caja, comenzó a hablar automáticamente.

—Hola, soy la unidad ROZZUM 7134, pero puedes llamarme Roz. Mientras se activan mis sistemas robóticos, te hablaré de mí.

»Una vez que esté en pleno funcionamiento, podré moverme, comunicarme y aprender. Dame una tarea y la completaré. Con el tiempo, mejoraré la forma de completar mis tareas. Me convertiré en una robot más eficiente. Cuando no me necesites, me mantendré alejada en perfecto estado.

»Gracias por tu paciencia. Ya estoy activada del todo.

LA ROBOT SALE DEL CASCARÓN

Como quizá sepas, los robots no tienen emociones. Al menos no como las de los animales. Y, sin embargo, sentada en su caja arrugada, Roz sintió algo parecido a la curiosidad. Le intrigaba la cálida bola de luz que brillaba en lo alto. Entonces su cerebro digital se puso a trabajar e identificó la luz. Era el sol.

La robot sintió que su cuerpo absorbía la energía solar. Con cada minuto que pasaba se sentía más despierta. Cuando su batería estuvo cargada, Roz miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba guardada dentro de una caja. Trató de mover los brazos, pero estaban sujetos con cuerdas. Así que aplicó más fuerza; los motores en sus extremidades zumbaron un poco más fuerte, y las cuerdas se rompieron. Luego levantó las manos y abrió la caja. Como un pollito que rompe su caparazón, Roz salió al mundo.